

Una noche muy especial

Carolina Fernández Pérez

Durante la clase parecía descentrado, no dejaba de pensar en el partido de fútbol que iba a jugar al día siguiente. Y es que la clasificación de su equipo dependía de ese partido, una victoria más y serían los campeones de la liga que se celebraba todos los años entre los colegios de su ciudad.

Se habían estado preparando a tope durante todo el año, después de las clases. Una y otra vez habían seguido las instrucciones de su entrenador, aunque muchas veces resultaban bastante pesadas porque a ellos lo que les gustaba era darle patadas al balón y meter goles, pero el místico no hacía más que enseñarles tácticas y estaban durante mucho tiempo corriendo a lo largo del campo, sin tocar ni una vez la pelota. A pesar de eso, los entrenamientos le resultaban bastante agradables, una bocanada de libertad después de tantas clases y tantos libros.

Por ese motivo, no era de extrañar que ese día no fuera capaz de prestar ni la más mínima atención a la clase de historia. Su profe, de vez en cuando, hacía una pregunta a la clase, para despertar el interés de los alumnos, pero Chema le miraba con cara de póquer. Estaba completamente perdido. Poco a poco, empezó a atender, había escuchado risas de sus compañeros y pensó que, después de todo, podría ser interesante lo que estaban diciendo.

Hablaban de los pueblos indígenas. El profesor había estado haciendo referencia a la destrucción de su entorno natural. Un compañero, Carlos, el empollón, preguntó si no era mejor para ellos que el mundo les civilizara; al fin y al cabo, la mayoría de ellos se pasaba el día en taparrabos, entre los árboles, sin higiene, ni hospitales, y eran totalmente analfabetos. Pero su profe, Mario, que era un tío muy enrollado y a Chema le caía muy bien, a pesar de que le había cateado algunas veces el curso pasado, se llevó las manos a la cabeza.

Y ahí fue donde empezó a conocer un montón de cosas de las que no tenía ni idea.

Para Chema, los salvajes, o sea, los que vivían en la selva, eran pueblos totalmente atrasados, sin cultura, con costumbres completamente desfasadas (ancestrales, decía su profe, aunque, para el caso, era lo mismo). Pero resultaba que muchos pueblos, aunque no sabían escribir, se habían ido transmitiendo, de generación en generación todas sus costumbres.

Había una serie de sabios, hechiceros, brujos o como se les quisiera llamar, que tenían profundos conocimientos de medicina. Sabían cuáles eran las plantas adecuadas para curar cualquier enfermedad que aquejara a su pueblo. Y, quizá, si no tenían hospitales era porque no los necesitaban. Eran capaces de hacer las incisiones necesarias, en el sitio preciso, sin necesidad de rayos X, escáneres o cualquier otro medio técnico.

Y, ante todo y lo más importante, la mayoría de los llamados pueblos salvajes eran completamente respetuosos con la naturaleza. Se aprovechaban de ella, que los

mimaba y protegía, obteniendo todo lo que necesitaban para sobrevivir. Cazaban lo necesario, pescaban lo justo, encendían los fuegos imprescindibles, pero ni masacraban hasta la extinción a los animales (para ellos era inconcebible esquilmar sus propias reservas porque, si lo hicieran, ¿qué comerían sus hijos?), ni encendían fuegos que pudieran prender el bosque (si quemaran todos los árboles, su refugio y sustento, ¿cómo atraerían las lluvias?).

Así que, esos pueblos salvajes e incivilizados fueron desapareciendo cuando el hombre culto y civilizado empezó a arrasar su entorno natural: destruyendo árboles para extraer petróleo, para que pasara una carretera o para especular con el terreno y esquilmando la fauna porque quedaba bien un trofeo de caza encima de la chimenea o por sus cualidades afrodisíacas (esto último Chema no lo entendía muy bien, pero se lo explicó Enrique, que era el “enterao” de la clase). Además de todos estos desastres, con su llegada, el hombre civilizado introdujo enfermedades nuevas contra las que los salvajes no estaban inmunizados y los hechiceros, que no estaban preparados, no supieron cómo combatirlas.

A Chema le resultó muy instructiva la clase, pero en cuanto sonó el timbre que avisaba del final, se levantó con un respingo y se fue con sus compañeros a entrenar. Apenas tuvo tiempo de comentar con ellos las explicaciones de Mario porque se enfrascaron con el míster practicando una nueva táctica.

Llegó a su casa muy cansado, así que, después de cenar, echó un vistazo a la tele, hizo rabiarse un poco a su hermana pequeña (no había que sentar malos precedentes, estaba cansado, pero no tanto como para no pelearse un poco con Raquel) y se metió en la cama.

Y ahí empezó su aventura.

Cuando llevaba unos minutos dormido, escuchó un extraño ruido. Abrió los ojos sobresaltado encontrándose con un hombrecillo extraño. Le miraba fijamente, si es que así se podía definir, porque no tenía ojos en su cabeza, sino una pequeña pantalla digital. Dos mini-antenas parabólicas hacían las veces de orejas, que se movían a gran velocidad cuando detectaban el menor sonido. Debajo de la pantallita digital, había una hendidura pequeña, a modo de nariz, pero no se le veía boca o algo que se pudiera asimilar a ello por ningún sitio. Tenía dos brazos largos y dedos, pero no piernas ni pies, al menos, aparentemente. Estaba cubierto por una túnica dorada, con un pequeño broche azul como único adorno.

Antes de que Chema profiriera algún grito, que estaba a punto de salir de su boca que ya iba a abrir de par en par, el hombrecillo le saludó. Era una voz profunda, que salía de su interior, con un pequeño eco al que Chema se acostumbró enseguida. Se presentó y Chema le entendió perfectamente porque hablaba en español. Se llamaba Yak, aunque su nombre era en realidad [Idu@19](#), pero, para simplificar, él había escogido ese apodo. Había entrado por la ventana, que estaba abierta aunque, como muy bien contaría a Chema, no habría sido ningún obstáculo para él si la hubiera encontrado cerrada.

A todo esto, Chema permanecía estupefacto, sentado en su cama sin saber muy bien lo que hacer. El miedo inicial fue dando paso a una inmensa curiosidad. Yak le

transmitía calma y confianza, aunque le desconcertaba mucho no saber de dónde procedía esa voz.

¡Tenía tantas cosas que preguntarle! Era una gozada ver apareciendo en su pantallita (catodia, le dijo que se llamaba) como si fuera una película, lo que le estaba relatando. Y es que, conforme iba manifestando sus pensamientos Yak, se iban representando en su catodia.

Así, le contó que provenía de un planeta que pertenecía a una galaxia distinta de la Tierra. Su planeta, Quarz, estaba investigando si había vida en otras galaxias y su flota, compuesta por cuatro naves, había sido destinada al Sistema Solar. Mientras que Yak se encontraba en la Tierra, sus otros tres compañeros se habían dirigido a Marte, Saturno y Plutón.

Chema le advirtió que estaba científicamente demostrado que sólo había vida en la Tierra. De repente, escuchó un extraño sonido, era una carcajada de Yak. Se estaba riendo de lo que había dicho Chema. Para Yak, la Tierra era una civilización subdesarrollada por completo, desconocían la tele-transportación (había visto coches, autobuses... que en su planeta habían sido superados hacía siglos), no tenían ni idea de cómo comunicarse con la mente, ni tampoco eran capaces de entenderse con los habitantes de otros países de su mismo planeta, porque utilizaban idiomas distintos. En Quarz, todos sus congéneres se entendían simplemente con la transmisión directa de sus pensamientos que se representaban en la catodia. Por ello, sólo un breve tiempo de observación le había bastado para poder comprender lo que decía Chema.

En resumidas cuentas, dada la tecnología de la Tierra, resultaba sencillamente pretenciosa la afirmación de Chema. Esto hirió un poco el orgullo del niño. El planeta Tierra, el más importante y civilizado de la galaxia y, con probabilidad, de todo el universo (o al menos eso habían creído siempre los terrícolas) con tecnología punta, estaba subdesarrollado.

Al principio, conforme le iba contando Yak los avances de Quarz, Chema se iba sintiendo más pequeñito. Sin embargo, cuando empezó a hablarle del fútbol y de los árboles, de la brisa marina y del sonido de los pájaros, Yak se sintió sorprendido. No conocía nada de eso. Sabía que en algún momento de la existencia de su planeta había habido árboles, pero muchas cosas habían desaparecido por mor de la técnica. Había unas salas muy grandes en las que cada niño jugaba con una pantalla de cristal líquido, pero no sabían lo que era dar patadas a un balón, es más, no sabían lo que era un balón, ni jugar en equipo.

Conforme estaba hablando con Yak, recordó la clase de historia de esa tarde. Los pueblos que ellos trataban como salvajes y a los que querían civilizar, simplemente tenían conocimientos distintos, pero no por ello menos importantes. Y empezó a darse cuenta de cómo se sentían cuando otro pueblo pretendía conquistarlos.

Por un momento, se le pasó por la cabeza que esa podía ser la intención de Yak y de los habitantes de Quarz: conquistar la Tierra. No les sería técnicamente muy difícil, pero cuando le expresó sus temores, escuchó otra vez ese extraño sonido, otra carcajada. Nuevamente, Yak se reía de él.

Su civilización tenía muy superada esa idea. Yak no era un guerrero, era un científico, se limitaba a observar el universo y recoger muestras para su estudio, no pretendía cambiarlo, eso ya vendría con el tiempo. Probablemente, en posteriores milenios, la Tierra llegaría a ser tan desarrollada como Quarz, si antes no acababan con ella los propios terrícolas, pero sólo el tiempo lo diría.

De todas formas, él había observado, y lo que le había contado Chema lo corroboraba, que en la Tierra no se vivía nada mal. A pesar de su vida primitiva y salvaje, se veía felices a los terrícolas, por lo que ni él ni sus compañeros pretendían dominarlos. No necesitaban sus recursos porque, aunque la Tierra era rica en determinadas materias primas, su planeta no era ambicioso y tenían suficiente para sobrevivir. Su política era permitir a las demás civilizaciones su desarrollo natural sin inmiscuirse.

Poco a poco, iba amaneciendo.

Como Yak le había dicho que se iba a limitar a recoger una muestra de la Tierra, Chema preguntó que cuál iba a ser. Yak, a su vez, le preguntó que si quería ser él. En Quarz aprendería muchas cosas y podría enseñar a los niños a practicar otros juegos como ese del fútbol, del que tanto le había hablado.

En ese momento, un sudor frío empezó a recorrer todo el cuerpo de Chema. Le atraía la idea, pero dejar a su familia, sus amigos, todas sus cosas...

De repente, las “orejas” de Yak se movieron nerviosamente, habían detectado un ruido imperceptible para Chema, quien más adelante, se dio cuenta de que eran unos pasos. Alguien golpeó la puerta y pasó a la habitación: - “Chema, despierta que vas a llegar tarde a clase”.

Chema abrió los ojos. Estaba tumbado en su cama, mirando extrañado a su madre. Echó una ojeada a su alrededor, no había ni rastro de Yak. Cuando su madre salió de la habitación, miró debajo de la cama, no había nadie. Todo había sido un sueño.

Se arregló como todos los días, aunque, por primera vez en mucho tiempo, no pensó en el fútbol sino en ese extraño personaje. Prestó una especial atención a la clase de historia, las costumbres de los pueblos indígenas le parecieron más entrañables y cercanas.

Por la tarde se iba a celebrar la gran final, pero no se encontraba nervioso. Durante el partido, saboreó cada una de las jugadas. Hasta entonces no había sabido apreciar algo que para él era tan habitual: un simple partido de fútbol. Sin embargo, ese día se dio cuenta de que muchos niños, incluidos los de Quarz, no podían tener a su alcance determinadas cosas que, aunque obviamente no eran vitales, podían resultar muy gratificantes.

Por lo tanto, aquel no fue un partido como todos, corrió tras el balón con más empeño que nunca y se entregó como el que más. Al final no ganaron, pero a él no le importó.

Al acabar, sus padres, que no habían querido perderse un partido tan importante para Chema, se acercaron a él, esperando encontrarle desolado, igual que lo estaban sus compañeros, sin embargo, en su rostro se dibujaba una gran sonrisa, era feliz y lo transmitía a todos los que le rodeaban.

Por primera vez, había disfrutado tanto, que era capaz de reconocer que los contrarios habían jugado mejor y se merecían ganar.

A la hora de la cena, se mostró especialmente cariñoso con su hermana, lo que encantó a sus padres. “Parece más maduro”, fue el comentario que hicieron entre sí.

Cuando ya estaba en la cama, miró con nostalgia el lugar donde se suponía había estado sentado Yak. De repente, le pareció ver algo pequeño que brillaba en el suelo. Se levantó rápidamente y, escondido tras la mesa del ordenador, vio su broche azul. El corazón de dio un vuelco.

¿De verdad había sido un sueño todo lo que había pasado la noche anterior?

Carolina Fdez., 4 de marzo de 2001